

OLIMPICAS

De la fama á la cumbre
De mortales en vano se encamina
Inmensa muchedumbre,
Con sólo la adquirida disciplina.
Lo que no manda el cielo
Oculta pronto del silencio el velo.

Quién presuroso vuela,
Y quién se arrastra con tardía planta;
Lo que un mortal anhela
A otro tal vez aterrador espanta.
Difícil es la vía
Que á la eminencia y los honores guía.

Con la última proeza,
¡Musa! las glorias del varon proclama.
Fuerza, valor, destreza,
El cielo bienhechor sobre él derrama.
¡Espléndido trofeo
Lleva al altar del vástago de Oiléo!



ODA DÉCIMA

A AGESIDAMO DE LÓCRIS,

PÚGIL.

Dó está, decidme, el vástago de Arquéstrato,
El vencedor Olímpico valiente?
¿En qué rincon de mi cansada mente

Su nombre se ocultó?

Eché al olvido que le debo un cántico.
¡Verdad, hija de Jove, y tú oh mi Musa!
Hallad, os ruego, á mi pecado excusa,
Que yo no miento, no.

Pasó tiempo há de mi promesa la época;
 Y de la deuda la vergüenza dura;
 Mas de otro canto la crecida usura
 Mi crimen lavaré.

Ved el torrente que en su curso rápido
 La piedrecilla con violencia traga:
 Himno que al héroe y á su patria halaga
 Nuevo favor me da.

Impera la Justicia en la República
 De Lócris, la Señora de Occidente,
 A quien aman Calíope esplendente
 Y Marte el lidiador.

Huyó ante Cicno, de Mavorte vástago,
 El hijo robustísimo de Alcmena;
 ¿Qué mucho, si al principio vió la arena
 Ceder al luchador?

Si al fin derriba á los soberbios púgiles
 En la Olímpica lid Agesidamo,
 Para Hílas, su maestro, yo reclamo
 Honor y gratitud.

Así á Patroclo su victoria espléndida
 Debió Pelides. Da fuerza infinita
 La Providencia, al hombre á quien excita
 Otro hombre á la virtud.

No espere nadie del triunfo el júbilo
 Si á fuerza de sudores no lo gana:
 Es el trabajo, de la vida humana
 Clarísimo fanal.

La insigne lid honrar me manda Júpiter
 Que Hércules victorioso instituyera,
 Dó de Pélope augusto se venera
 El mármol sepulcral.

Frescos aún estaban los cadáveres
 Del inocente Ctéato y de Eurito:
 Por arrancar á Augías el prescrito
 Precio, los inmoló.

Si de Hércules vencieron el ejército
 En Élide los hijos de Moliona,
 Despues en los vergeles de Cleona
 Su lazo él les tendió;

Y el Rey Epéo, engañador de huéspedes,
 Su patria y su magnífica morada
 Vió presto por el hierro devastada
 Y el incendio voraz.

Sumergió su ciudad honda vorágine,
 Que es loca empresa provocar al fuerte:
 Despues de la derrota, halló la muerte
 Que fué á buscar audaz.

Todo el botín, y sus falanges ínclitas
 Condujo á Pisa el hijo del Tonante;
 Y un bosquecillo consagró al instante
 Al gran Progenitor.

Del sacro templo al derredór del ámbito
 Marcó también la circular llanura,
 Donde el banquete, tras la lucha dura,
 Alegra al lidiador.

Al claro Alfeo entre los doce Númenes
 Cedió un altar, de amor en testimonio;
 Y á la vecina altura *Monte Cronio*
 Piadoso apellidó.

En el reinado de Enomáo, estériles
 Rocas tan sólo y despobladas breñas
 Era aquella region, en cuyas peñas
 Nieve, no más, se vió.

En la inauguración de los certámenes
 Las Parcas solas viéronse presentes,
 Y el Tiempo, que atestigua á los ausentes
 La sincera verdad.

Él con certeza declaró á los pósteros
 Que sus despojos ofreciendo Alcides
 Estableció las quinquenales lides
 Y gran festividad.

¿Quién la corona, en el primer Olímpico
 Certámen, supo merecer bizarro
 Con pié, con manos ó veloce carro?
 Piérides, decid.

El recto estadio vió la planta rápida
 Vencer de Eono, jefe de Midea;
 Gloria en la lucha conquistó á Tegea
 Equemo el adalid.

Nadie en el pugilato al fuerte Dórico
 Pudo vencer, á quien Tirinto abriga;
 Semo de Mantinea, en la cuadriga
 No conoció rival.

El disco léjos arrojó con ímpetu
 (Aplaudiendo su ejército) el gallardo
 Enicéo, y de Frástor voló el dardo
 Derecho á la señal.

Era ya noche; y asomaba fúlgida
 La faz hermosa de la luna llena:
 Cantos y brándis la sagrada arena
 Venían á alegrar.

Fieles custodios de los ritos prístinos,
 Del Númen que concede la victoria
 Y enciende los relámpagos, la gloria
 Queremos hoy cantar.

Al dulce són de la argentina fistula
 Adaptaré mi retardado canto,
 Que de la clara Dirce al márgen santo
 Al fin ya modulé.

Más ama el rico al hijo primogénito
 Que en la vejez le da su fiel esposa:
 La muerte le será ménos penosa
 Si á su heredero ve.

Muy breve espira del placer el término
 Para el atleta que feliz combate,
 Si ántes que al Orco baje, ínclito vate
 No lo hiciere inmortal.

A tí de gloria eterna las Piérides
 ¡Agesidamo insigne! te coronan;
 Y mi flauta y mi cítara te entonan
 Un cántico triunfal.

De los Locreses la ciudad magnífica
 Y de Arquéstrato al hijo victorioso,
 Riego á la par con baño delicioso
 De poética miel.

Libró del Orco á Ganimedes cándido
 Más que Citéres, Juventud florida;
 Y dió la primavera de la vida
 El triunfo á mi doncel.



ODA UNDÉCIMA

AL MISMO AGESIDAMO.

LA ÚSURA.

DA vida á los hombres el soplo del viento;
 Las lluvias celestes infúndenle aliento,
 De nube divina progenie feliz.
 Así al que consuma difícil proeza,
 Con himnos sonoros la cítara empieza
 A dar nueva vida de gloria sin fin.
 Son prendas seguras
 De hazañas futuras,
 Los cantos al pecho de ardor juvenil.

Del púgil robusto que Olimpia corona
 Ajena á la envidia mi lengua pregona
 Los bellos triunfos, en justo loor.

Sublime es el nombre y eterna la fama
 De aquel cuyo pecho benéfico inflama
 Con fuego sagrado de la Égida el Dios.
 Tus glorias proclamo
 ¡Gran Agesidamo,
 De Arquéstrato prole, sin par luchador!

La oliva dorada que ciñe tu frente
 Harán mis cantares más bella y fulgente,
 Y á Lócris Zefíria renombre darán.
 Venid y conmigo formad ¡oh Camenas!
 Mil danzas alegres. No á incultas arenas
 Ni bárbaras tierras os quiero llevar.
 Son sabios, corteses,
 Los buenos Locreses,
 Innato es su gusto y aspecto marcial.
 Así la vulpeja
 Su astucia no deja,
 Ni su índole fiera la tigre voraz.



ODA DUODÉCIMA

A ERGÓTELES DE HIMERA,

VENCEDOR EN LA CARRERA LARGA.

¡SALVADORA deidad, prole divina
 De Jove soberano, alma Fortuna!
 Oye mis ruegos, y la frente inclina
 De Himera á la ciudad, de fuertes cuna.

En el piélago tú las naves riges;
 De tí depende la violenta guerra;
 Las sábias asambleas tú diriges
 Que leyes dictan á la muda tierra.

Giran en tanto, con errado vuelo,
Humanas esperanzas é ilusiones,
Ya rastreras tocando el bajo suelo,
Ya del éter subiendo á las regiones.

Nunca de las edades venideras
El cielo concedió signo seguro:
Las tinieblas romper en vano esperas,
Triste mortal, del porvenir oscuro.

Mil veces contra próspero presagio
Repentino dolor turba el contento;
Y al que amenaza próximo naufragio
Viene á alegrar la calma en un momento.

¡Hijo de Filanor! Cual gallo altivo
Que al honroso palenque no se lanza
Y apénas puede en el corral nativo
Oscura muestra dar de su pujanza,

De tu paterno hogar así á la lumbre
Marchitado se habrían tus laureles,
Ni del honor llegará á la alta cumbre
Tu pié veloz, envidia de corceles,

Si á la isla do naciste, por ventura,
Popular sedicion y riña fiera
No te arrancáran, y á la vida oscura,
¡Oh Ergóteles, sin par en la carrera!

Hoy te corona Olimpia; ya el ilustre
Istmo y Pitona ornáronte la frente;
Tu nueva patria te celebra, y lustre
Das de las ninfas á la tibia fuente.





ODA DÉCIMOTERCIA

A JENOFONTE DE CORINTO,

CORREDOR EN EL ESTADIO,
VENCEDOR EN LA CARRERA Y EN LOS CINCO-JUEGOS.

AL ensalzar la casa, que en Olimpia
Tres coronas ganó; del peregrino
Asilo, y con el deudo complaciente,
De Corinto la fama clara y limpia
Canto tambien; vestíbulo divino
Del Ístmico Monarca del Tridente,
Y cuna floreciente
De graciosas doncellas;
En donde Eunomia mora

Y sus hermanas bellas:
 La Paz encantadora
 Y la firme Justicia, que robusta
 Los Estados sostiene.
 Por ellas la riqueza al hombre viene
 Y de Témis veraz son prole augusta.

Ellas de su pacífico recinto
 Alejan la Insolencia deslenguada,
 Madre de la Arrogancia. Ciento y ciento
 Cantilenas en honra de Corinto
 Quiere entonar mi cítara, impulsada
 Por mi genial justísimo ardimiento.
 ¿Su natural talento
 Á quién ahogar es dado?
 ¡Hijos del noble Aleta!
 El lauro destinado
 Al vencedor atleta,
 Las Horas, ricas en preciosas flores
 Os dieron, y la llama
 Que vuestro corazón vívida inflama
 Y os hace de mil artes inventores.

Gloria al descubridor atrae su invento.
 La gran festividad de gracias llena

Y el Báquico cantar que premia el toro
 ¿Dónde nacieron? ¿dónde el instrumento
 Que al rápido corcel lanza y enfrena?
 ¿Quién á los templos añadió decoro
 Con las águilas de oro?
 En tus sagrados muros
 Musa gentil florece,
 Y sus perfumes puros
 A tus hijos ofrece,
 ¡Feliz Corinto! y á su lado Marte
 Pone en la fuerte diestra
 De tu fiel juventud, ya en la palestra,
 Ya en el sangriento campo, su estandarte.

¡Oh de Olimpia Señor, rey soberano:
 Escuchar no desdeñes mi concento
 Ahora ni nunca, oh Júpiter Tonante!
 Rige á este pueblo con benigna mano,
 Y á Jenofonte, el favorable viento
 De la prosperidad, manda constante.
 El himno que, triunfante
 En la Pisana arena,
 Te ofrece agradecido
 Según la ley ordena,
 Que recibas te pido.

En la carrera alcanza la victoria,
 Luego en las cinco-lides.
 ¿Quién entre los pasados adalides
 Se sublimó jamás á tanta gloria?

De las Ístmicas turbas á la vista
 Con dos guirnaldas de apio ornó su frente;
 Ni fué desfavorable el juez Neméo.
 Miéntras, su padre Tésalo conquista
 Verdes laureles (corredor valiente)
 En las orillas del sagrado Alfeo.
 Espléndido trofeo
 Un mismo sol le dona
 En la carrera doble
 Y el estadio, en Pitona;
 Y un mismo mes, su noble
 Cabeza en los certámenes de Atenas
 Ciñó triple guirnalda,
 Y otras siete coronas de esmeralda
 Obtuvo en las Helótides arenas.

En los marinos juegos de Neptuno
 El ínclito varon, y Teodoro,
 Su valeroso padre, altos honores
 Y elogios alcanzaron cual ninguno.

¡En Délfos cuánta prez! ¡cuánto decoro
 Del bosque del león entre las flores,
 Os dieron los sudores!
 A los varones claros
 Que ostentan noble brío
 Y fuerzas, á igualaros
 En glorias desafío.
 Yo, ni vuestras hazañas, ni la arena
 Contaré, de los mares.—
 Mas tomen otro giro mis cantares.
 ¡Oh Musa! es tiempo ya: tu vuelo enfrena.

A mi pobre barquilla empuja el viento
 De la alabanza; y al cantar mi lira
 De tus progenitores la prudencia
 Y en las lides el bélico ardimiento,
 No empañará ¡oh Corinto! una mentira
 De mis suaves elogios la cadencia.
 Cantaré la excelencia
 De tu Sísifo, astuto
 Y cual un Númen sabio,
 Y pagará tributo
 De admiracion mi labio
 A la tierna Medea, salvadora
 De Argo y de sus remeros,

Que hollando amante los paternos fueros
Se une á Jasón, á quien su pecho adora.

Delante las altísimas murallas
De la sagrada Ilion, al Efiréo
Se miró, ya sitiado, ya asaltante,
La suerte decidir de las batallas.
El uno en pós del vástago de Atreo
En arrancar á Helena de su amante
Empéñase arrogante.
El otro de la bella
Fiel combate al servicio,
Y hasta el Griego se estrella
Al pié de Glauco el Licio,
Quien de ser heredero se gloria
Del reino floreciente,
Y el palacio y ciudad, junto á la fuente
Pirene, que su padre poseía.

¡Cuántas penas al Príncipe atrevido
En sus orillas trajo el loco empeño
De domar al corcel de raudas alas
De la feroce Górgona nacido,
Hasta que el freno de oro, en dulce sueño,
Llevarle se dignó la vírgen Pálas!

En sus sagradas salas
Clama con voz adusta:
“Belerofonte amado,
De Éolo prole augusta:
¿Tú duermes descuidado?
Salta del lecho; y ese freno de oro
Que ahí mágico asoma,
Lleva á Neptuno, que corceles doma,
Inmolando en su honor cándido toro.”

Al dormido garzon así parece
Decir la Vírgen del broquel divino.
Se incorpora veloz; y el milagroso
Freno, que ante sus ojos aparece,
Lleva sin dilacion al adivino
De la ciudad; y el hecho portentoso
Le narra presuroso:
Su sueño al pié del ara
Y oráculo sagrado
De Pálas, y la rara
Vision, en que el dorado
Instrumento le dá la casta Atena,
Progenie del Tonante,
A Ceránides cuenta; que al instante
Lo que el sueño mandó cumplir ordena.

Al Monarca del líquido elemento
 Que circunda la tierra, buey robusto
 Inmola; y obediente al gran Profeta,
 A la ecuestre Minerva (monumento
 De su piedad) erige altar augusto.
 Cuanto está fuera de la humana meta
 La alta virtud sujeta
 De los Dioses; y leve
 Empresa es en su mano
 La que el hombre se atreve
 A acometer en vano.
 Del alado corcel Belerofonte
 En la fogosa boca
 El instrumento celestial coloca
 Que le permite que á Pegaso monte.

Con armadura y acerado alfange
 Se ejercita sobre él y juguetea.
 Sale de las flecheras Amazonas
 Contra la ruda femenil falange,
 Y con dardos destrísimo pelea,
 Que alto dispara en las aéreas zonas.
 El potro no abandonas
 Sin que tu diestra mate
 A Quimera, que fuego

Respira, y en combate
 Mortal, derribes luego
 A los Solimos. De tu fin ya no hablo
 ¡Cabalgador sublime!
 En Olimpo su huella el potro imprime,
 Y entra de Jove en el eterno establo.

De poéticas flechas rauda nube
 He fijado en el blanco; y ya no es justo
 Que errar mis tiros el mortal me vea.
 ¡Oligetidas! De las Musas tuve
 Para alabaros mandamiento augusto.
 Triunfantes en el Ístmo y en Nemea,
 ¿Quién habrá que no crea
 El veraz canto y breve,
 Que vuestras altas glorias
 A los cielos eleve?
 Sesenta las victorias
 Fueron, que en uno y otra pregonara
 El heraldo admirado;
 Y ya mi dulce lira ha celebrado
 Las que en Olimpia os dan fama preclara.

De la ínclita familia ya mi Musa
 Nuevas proezas celebrar confía;

Pero de Dios lo porvenir depende.
 Si el Númer tutelar no le rehusa
 La santa proteccion del primer día,
 Al dios adusto que la guerra enciende
 Dejad que recomiende
 Y á Júpiter divino,
 Las fúlgidas guirnaldas
 Que le dará el destino.
 ¡Del Parnaso en las faldas
 Cuántas obtuvo ya! ¡Cuántas en Tébas
 Y Árgos ganar le veo!
 En Arcadia, de Júpiter Liceo
 Dará el altar de sus hazañas pruebas.

Su valor atestiguan Siciona,
 Y Pelene, y la espléndida Megara,
 Y de Éaco el santuario allá en Egina.
 Lo proclaman la ilustre Maratona
 Y con Eléusis la ciudad preclara
 Que en el Etna sublime se reclina,
 Y Eubéa la marina.
 Recorre á Grecia entera:
 Es tal doquier su gloria,
 Que retenerla espera
 En vano tu memoria. —

Haz que caminen con ligera planta
 Los nobles vencedores
 ¡Oh Jove salvador! Dáles honores
 Y la felicidad que al hombre encanta.





ODA DÉCIMOCUARTA

A ASÓPICO DE ORCÓMENO,

NIÑO, CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡GRACIAS espléndidas, radiantes ninfas,
Que del Cefiso cabe las linfas
(Que potros nutren) soleis morar!
Del alma Orcómeno reinas augustas,
Y de las Mínias playas vetustas:
Oid mis ruegos y mi cantar.

Por vos dulcísimo todo se torna,
Y el hombre os debe cuanto lo adorna,
Virtud, ingenio, gloria, esplendor.
Los mismos Númenes ni el néctar beben
Ni á formar danzas jamás se atreven,
Si de las Gracias no hay el favor.

OLIMPICAS

Con Febo Pítico del arco de oro,
De cuanto encierra su almo tesoro,
Dispensadoras celestes son.
Allí al Olímpico Padre, sentadas
En refulgentes sillas doradas,
Rinden eterna veneracion.

¡Sagrada Eufrosina, de himnos amante;
Aglaya augusta, del gran Tonante
Hijas divinas, mi canto oid!
Pues tanto agrádante dulces canciones,
Mira ¡Talia! las ovaciones
Que trajo al héroe la honrosa lid.

Cantar á Asópico mi lira quiere,
Y al modo Lídio sus cuerdas hiere
Mi bien templado fino marfil;
Porque en la Olímpica lucha gloriosa
Por tus favores ¡potente Diosa!
La sacra Minia luce entre mil.

¡Eco! A Cleódamo la grata nueva,
De Proserpina, clamando, lleva
A la morada de eterno horror;
Y de su vástago la tierna frente,
Díle que en Pisa ciñó fulgente
El lauro alado del vencedor.

ODAS PÍTICAS